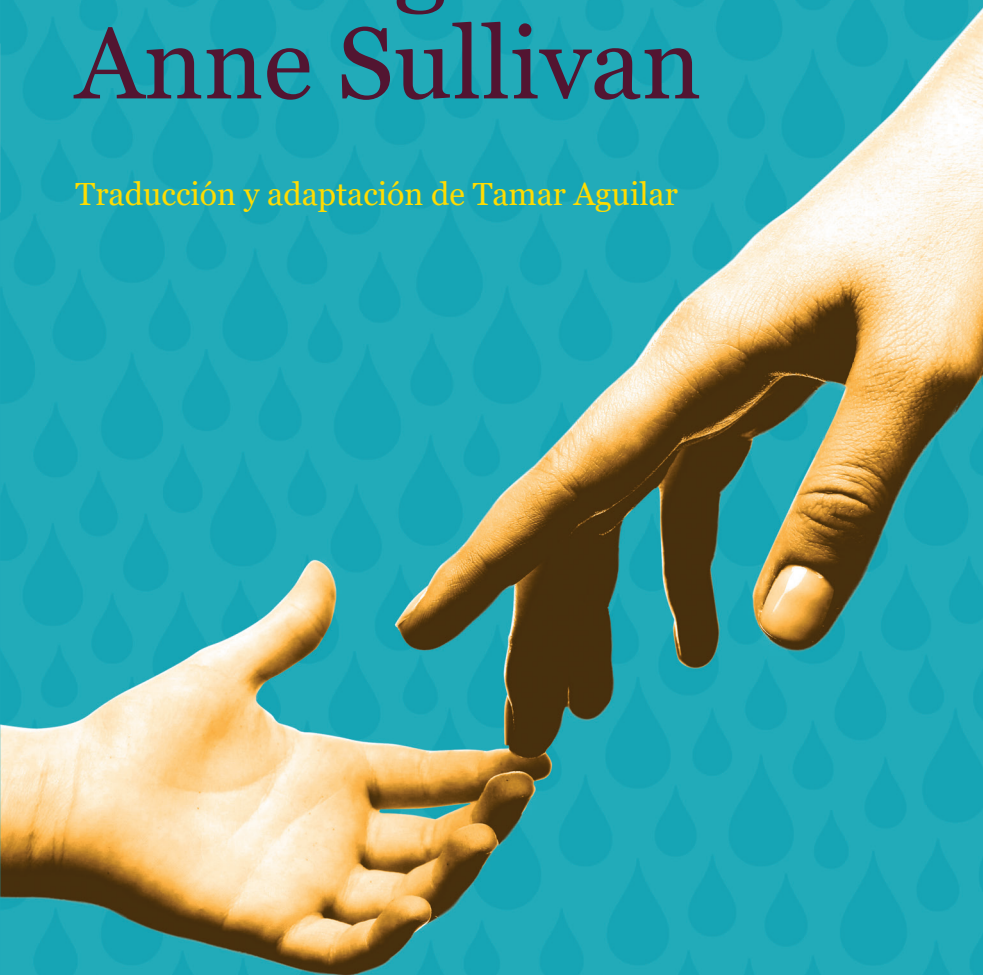


William Gibson
**El milagro de
Anne Sullivan**

Traducción y adaptación de Tamar Aguilar



Introducción de
Jaume Miró y Òscar Puigardeu

(Casa de los KELLER. Es de noche. En el dormitorio hay tres adultos alrededor de una cuna. Sus rostros y sus vestidos nos indican que han velado toda la noche. Son KATE, ARTHUR KELLER y el DOCTOR —con un estetoscopio colgando del cuello y un termómetro en las manos—).

DOCTOR. ¡Vive!

KATE. ¡Oh! ¡Gracias, Dios mío!

DOCTOR. *(Va hacia su maletín para guardar los instrumentos, separándose así de la cuna. El matrimonio KELLER permanece donde estaba).* ¡Han tenido mucha suerte! Les aseguro que pensaba que esta vez no superaría el ataque...

KELLER. ¡Bah! ¡Es una Keller! ¡Es de hierro! Nos enterrará a todos.

DOCTOR. *(Amablemente).* Sí, sobre todo si ustedes pasan las noches sin dormir. Y me refiero a usted, señora.

KELLER. ¿Lo has oído, Kate?

KATE. Sí.

KELLER. Yo tengo dos hijos de mi matrimonio anterior, pero esta es la primera hija de mi esposa... Ella no tiene cicatrices de guerra.

KATE. Doctor, sea sincero. ¿Cree que se va a curar?

DOCTOR. En unos días volverá a saltar de la cuna otra vez.

KATE. ¿Qué debemos hacer?

DOCTOR. Poner unas barandillas más resistentes.

KELLER. *(Ríe)*. ¿Unas barandillas más resistentes?

DOCTOR. Verá cómo las salta cuando esté bien. *(Acaba de guardar los instrumentos en el maletín)*. Ahora lo importante es que le baje esa fiebre. Estas cosas se van tal y como vienen. Ha sido una congestión cerebral muy seria, pero...

KELLER. Le acompaño al coche, doctor.

DOCTOR. *(Continuando la frase anterior)*. ... he visto a pocas criaturas con tanta vitalidad. *(Se despide de KATE y sigue al capitán KELLER, que lleva una lámpara. Bajan las escaleras los dos, hasta el porche, y cruzan el jardín. El DOCTOR sale por la izquierda, y KELLER le ilumina el camino. Mientras tanto, KATE se inclina hacia la cuna, de forma amorosa, acariciando a la niña, que emite una especie de gemidos)*.

KATE. Venga, mi amor, no llores más. Ya pasó. Le pediremos a papá que escriba en el periódico un artículo sobre las maravillas de la ciencia moderna, que no sabe lo que cura ni cómo lo cura... ¡Ay, los hombres! ¡Los hombres y sus cicatrices de guerra...! Las mujeres también tenemos... *(Se calla sorprendida; mueve las manos frente a los ojos del BEBÉ)*. ¡¡Helen!! *(Mueve las manos rápidamente)*. ¡¡Helen!! *(Chasquea*

los dedos dos veces ante la niña). ¡Arthur! ¡Arthur, ven! (Lo llama y se queda mirando a la pequeña fijamente; la siguiente réplica la dirige a sus oídos). ¡Arthuuuuur! (Sin dejar de mirarla, chilla. KELLER la oye desde el jardín y corre con la lámpara hacia el dormitorio. KATE vuelve a chillar. La mirada hacia su hija ahora es terrible. Llega KELLER).

KELLER. ¿Qué pasa, Kate?

KATE. ¡Mira! *(Pasa las manos por delante del rostro de la niña).* ¡No ve!

KELLER. *(Con la voz ronca).* ¡Helen!

KATE. Ni oye tampoco. ¡Cuando te he llamado, ni siquiera se ha estremecido!

KELLER. ¡Helen! ¡Helen!

KATE. ¡No te oye!

KELLER. ¡Helen!

(Con expresión furiosa va gritando a su hija. KATE, casi a punto de desvanecerse, se pone las manos en la boca y lloriquea. Se hace la oscuridad. Pasa el tiempo a través de un repique de campanas lento y lejano, que se va acercando mientras crece; después, decrece y desaparece.

Vuelve la luz cinco años después, sobre tres niños y un osito de peluche, próximos a la bomba de agua. Los niños son MARTHA, PERCY y HELEN, que tiene ya seis años. Va muy sucia. Tiene mucha vitalidad y es ciega. Sus gestos son bruscos,

insistentes, ilimitados... y nunca sonrío. Está entre MARTHA y PERCY, que juegan con muñequitos de papel y unas tijeras. Cuando los niños hablan, HELEN les pone la mano en la boca para seguir el movimiento de los labios).

MARTHA. *(Mirando su muñeco de papel y recortándolo mientras habla).* Primero le voy a cortar las piernas y después...

PERCY. ¿Por qué le cortas las piernas al doctor?

MARTHA. Porque le estoy operando. Ahora le corto los brazos... y después lo curaré. *(Aparta las manos de HELEN de su boca).* ¡Estate quieta!

PERCY. Córtales también el estómago, que es una mejor operación.

MARTHA. No. Primero le corto la cabeza porque tiene un catarro muy fuerte.

PERCY. Cuando hayas acabado con todo, no te va a quedar demasiado que curar, con tantas operaciones...

(HELEN le ha puesto los dedos en la boca para tocarle la lengua. PERCY se molesta y se los muerde. HELEN saca la mano bruscamente y se toca los labios, moviéndolos para intentar imitar lo que ha palpado, pero sin emitir ningún sonido).

MARTHA. ¡Pero qué haces! ¿Por qué le muerdes?

PERCY. Me ha puesto los dedos en la boca. Le muerdo para que los quite.

MARTHA. ¿Qué quiere?

PERCY. Hablar. Intenta hablar. Se va a volver loca, mira cómo lo intenta...

(HELEN sigue moviendo los labios bajo sus dedos, en silencio, hasta que en un ataque de rabia se los muerde. PERCY se echa a reír y MARTHA la mira asustada).

MARTHA. ¡Basta ya! *(Le quita las manos de la boca).*
¡Siéntate aquí y estate quieta!

(HELEN empuja a MARTHA, que cae de espaldas, y le coge las tijeras. MARTHA se queja gritando, por lo que PERCY se dirige a la cuerda de una campana y tira de ella. Las luces se han encendido gradualmente en la sala de estar y podemos ver a los KELLER.

KATE está sentada, zurciendo medias, al lado de una pequeña cuna que mece de vez en cuando. KELLER, con las gafas puestas, lee un periódico y varios papeles, que apoya en la mesa. TÍA EVA, con su sombrero todavía puesto, comparte costurero con KATE, y retoca una muñeca de trapo hecha con trozos de ropa. JAMES KELLER se asoma a la ventana para ver a los niños.

Al oír el tañido de la campana, KATE se pone en pie y corre hacia el porche. Se nota que es cinco años mayor, por su aspecto físico. Su expresión juvenil ha desaparecido. Está triste).

KATE. ¡Helen! *(Baja la escalera, veloz. Le coge las manos y la separa de MARTHA, que se va llorando mientras llama a su madre. PERCY la sigue).*

KATE. *(A HELEN).* Dame las tijeras.

(Al mismo tiempo la familia se ha sobresaltado en la sala de estar. TÍA EVA se reúne con JAMES en la ventana y KELLER interrumpe su lectura).

JAMES. *(Tranquilamente).* ¡Por los pelos! Por poco no le saca un ojo a Martha. Siempre está a punto de algo... y parece que no hay que preocuparse, hasta que un día tengamos un disgusto...

(KATE trata de quitarle las tijeras a HELEN, que las esconde tras de sí. Luchan un instante hasta que KATE acaba por ceder y la coge para llevarla a casa. HELEN escapa de ella. KATE se arrodilla para cogerle las manos suavemente y cogiendo las tijeras como si de un muñeco se tratara, las acaricia y las acerca a HELEN para que las meza en su regazo. A continuación, señala con el dedo de la niña la casa. La pequeña, seria, deja que le

quite las tijeras. Su madre se gira hacia la puerta y empuja a HELEN sugerentemente, hasta que esta se levanta y camina hacia aquella. KATE se levanta y la sigue).

TÍA EVA. (A KELLER). Arthur, hay que hacer algo con ella...

KELLER. ¿Y qué podemos hacer?

(Entran HELEN y KATE, que guía a su hija hacia TÍA EVA. Esta le da la muñeca de trapo).

TÍA EVA. Podríais consultar a ese oculista tan famoso de Baltimore... ¿Cómo se llama? Te dije el nombre...

KATE. El doctor Chrisholm.

TÍA EVA. Sí, ese. He oído hablar sobre casos de ceguera que se creían incurables y que él ha tratado y curado. Dicen que es un prodigio. ¡Escríbele!

KELLER. Yo ya no creo en prodigios.

KATE. (A TÍA EVA, meciendo la cuna). Pero le escribiré... (A KELLER). ¿Verdad?

KELLER. No.

TÍA EVA. No creo que sea muy caro.

KELLER. No se trata de dinero, como comprenderá. Hemos visitado ya a todos los especialistas de Alabama y Tennessee... Si yo pensara que puede servir de algo, la llevaría a todos los médicos de Estados Unidos...

KATE. A pesar de todo, escribirás al doctor Chrisholm.

KELLER. Kate, ¿cuántas veces quieres que te desilusionen?

KATE. Las que hagan falta.

(Mientras tanto, HELEN se ha sentado en el suelo; explora la muñeca, pasándole las manos por la cara. Se da cuenta de que es una superficie plana de tela que no tiene rostro. Se inquieta. Busca sus facciones y la golpea buscando sus ojos. No la mira nadie hasta ese justo momento. Da un tirón a la falda de TÍA EVA y vuelve a palpar el rostro de la muñeca, sin encontrar los ojos).

TÍA EVA. ¿Qué quieres, hija?

(Como no puede oír, busca a los adultos yendo de uno en uno, golpeando la muñeca en el lugar donde debería tener ojos. Nadie comprende lo que hace).

KATE. *(Firme)*. Mientras haya la más mínima esperanza... de que pueda oír o ver...

KELLER. No la hay.

KATE. De todos modos, con tu permiso, yo quiero escribir al doctor.

KELLER. He dicho que no, Kate.

TÍA EVA. No perdemos nada. A lo mejor se puede hacer algo.

KELLER. No se puede.

KATE. No lo sabemos. Y será así hasta que le escribas...

KELLER. (*Poniéndose en pie*). No podrá hacer nada.

(*Recoge sus papeles, que deja sobre la mesa, y va hacia un lado. HELEN llega a la mesa en ese momento y desordena los papeles, arrojándolos después al suelo*).

¡Kate! (*KATE se dirige hacia HELEN, la aparta de la mesa y recoge los documentos*). ¡No se puede trabajar en esta casa!

JAMES. ¡Si no os la lleváis de aquí...!

KATE. ¿Pero qué dices?

JAMES. Digo que hay asilos... residencias o lugares así, sitios donde pueden cuidarla. Es lo mejor que podríamos hacer.

TÍA EVA. Es tu hermana, James. No es una extraña.

JAMES. No puede valerse por sí misma. Siempre está sucia. ¿Cree que es muy agradable verla así cada día?

KATE. ¿Cómo te atreves a decir eso?

KELLER. (*Molesto*). ¡Bueno, basta! (*Se hace un silencio*).

HELEN se separa de la mesa con la muñeca). Yo he hecho todo lo que he podido. ¡No se me puede exigir más! Esta casa está pendiente de la niña noche y día... (*Señala la cuna*). ¡Tenemos también otra pequeña de la que ocuparnos, digo yo!

KATE. (*Suave*). La vas a despertar con tanto grito.

KELLER. Quiero un poco de paz y tranquilidad, y no las vamos a encontrar recorriendo los Estados Unidos de un lado para otro cada vez que oímos hablar

de un nuevo médico... (*HELEN se aproxima a TÍA EVA, toca su vestido, hasta que encuentra dos botones y se los arranca*).

TÍA EVA. ¡Helen! ¡Los botones no! (*HELEN coloca los botones en la cara de la muñeca. KATE lo ve y va hacia ella. Le coge la mano y la lleva hacia sus propios ojos*).

KATE. ¿Ojos? (*HELEN afirma frenéticamente*). Quiere que la muñeca tenga ojos.

(Se crea un silencio, distinto al anterior. KATE coge una aguja con hilo y unos botones del costurero y los cose en la cara de la muñeca, como si fueran sus ojos. KELLER observa la escena malhumorado. TÍA EVA observa y disimula su emoción retocándose el vestido).

TÍA EVA. ¡Dios mío! ¿Cómo voy a salir así?

KATE. Pobre... No sabe lo que hace... Yo se los vuelvo a coser, tía Eva.

JAMES. ¡Claro! Y ella nunca va a aprender si le dejamos hacer todo lo que quiere...

KELLER. ¡Cállate, James!

JAMES. ¿Qué he dicho?

KELLER. Sea como sea, lo menos que puede tener dentro de su desgracia es lo poco que desee... (*JAMES, molesto, sale de la sala y va hacia el porche*).

TÍA EVA. (*Indulgente*). Vale la pena perder un par de botones, Kate; mira... (*Ahora HELEN está contenta,*

con la muñeca en brazos; la mece, la acaricia, la besa).
Esta niña tiene más sentido común que todos los hombres de la casa juntos. Si pudiéramos saber qué es lo que piensa...

(De repente HELEN va hacia la cuna y sin vacilar la vuelca. El bebé está a punto de caer al suelo, pero KELLER llega a tiempo para cazarlo al vuelo).

KELLER. ¡Helen!

(Gran conmoción. El bebé llora mientras HELEN, imperturbable, coloca la muñeca en la cuna, hasta que su madre, arrodillada, le retira las manos de la camita, apretándoselas. HELEN se queda perpleja).

KATE. Helen... No debes hacer estas cosas. ¿Cómo puedo hacer que lo comprendas?

KELLER. *(Con voz ronca).* ¡Kate!

KATE. ¿Cómo puedo saber lo que piensas? ¿Cómo entrar en tu cabeza? Vida mía, pobrecita...

KELLER. Alguna manera habrá de enseñarle un poco de disciplina, me parece a mí.

KATE. *(Reaccionando).* ¿Cómo se impone disciplina a una criatura enferma? ¿Tiene ella la culpa? *(HELEN toca los labios de KATE intentando entender el movimiento).*